

Sitio y rendición de Oaxaca. Queda prisionero el general Díaz

1865

ANTE las consideraciones que acudieron á la mente del general Díaz, con motivo de la nulidad á que se condenó su caballería, al perderse como se perdió más de la mitad de su efectivo, le ocurrió no encerrarse en las fortificaciones de Oaxaca y jugar el azar de un combate, protegido por la topografía de las inmediaciones de la ciudad, tomando en cuenta que, al ser derrotado, podía preparar una retirada para la sierra y sólo dejaría en poder del enemigo la artillería pesada. Montó á caballo, y acompañado de su segundo en jefe, el general Benavides, recorrió el teatro que escogiera para librar la acción, indicando á dicho general cuanto juzgó pertinente al desarrollo de la misma; pero éste desde luego le hacía advertir que en esos momentos no se contaba en la ciudad de Oaxaca ni con 3.000 hombres, y que el enemigo, muy superior en número, disciplinado y maniobrero, podría causar una derrota tan completa á campo abierto como no la conseguiría si se aprovechaban nuestras fortificaciones en la ciudad. Las ideas de Benavides no satisfacían al general en jefe, que pensaba que, una vez establecido el sitio, sin contar con los recursos de fuera, que se tenía antes calculado recibir á virtud del servicio á que se había destinado la brigada de caballería, fuerte de mil plazas, el triunfo del enemigo tendría que ser completo, dado que además de los elementos que traía consigo, concluidas sus carreteras, estaba en condiciones de aumentarlos sin gran dificultad.

Pero el tiempo corría, y las columnas francesas se acercaban, y las ideas del general en jefe, no obstante el secreto que respecto de ellas se encargó al general Benavides, se conocieron, y se temía por los jefes inferiores que se llevaran á la práctica, engreídos como estaban con el propósito de defenderse tras de trincheras; y todo ello precipitaba las cosas en cierto camino, en que no era dable imprimirles una dirección bien precisada. Efectivamente, la mente del general Díaz era sorprender á sus propios soldados, al darles la formación de batalla al frente del enemigo; y después, con algún golpe de audacia, templar su ánimo y arrastrarlos al combate sin dejar tiempo á reflexiones; y ello no podía tener verificativo por la falta de secreto en el asunto, y el tiempo corría y el enemigo avanzaba.

Sobre el punto en relación, se expresa así el general Díaz en su Autobiografía:

«En las conferencias militares que yo tenía costumbre de dar á los generales y jefes, comencé á notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa de la plaza, y en contra de mi

idea de librar un combate; que el asunto se traía á cuestión con poca naturalidad, y que las razones aducidas eran las mismas expuestas ante mí previamente por el general Benavides, lo cual me hizo comprender que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encarecí. Después de esto, no me quedaba más recurso que aceptar el sitio, pues el enemigo ya estaba cerca.

»Pude haber emprendido una retirada por las montañas, mas opté en definitiva por la defensa de la plaza, ante las dificultades de última hora, relativas á transportes, que no se habían preparado, dados los designios que se tuvieron desde un principio, cuando se contaba con fuerzas competentes fuera de las fortificaciones; y no había tiempo de improvisar ó conseguir aquellos transportes, pues como antes he dicho, el enemigo estaba al frente.

»Nunca imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria, pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, pues estaba seguro de que la plaza no podía ser tomada por asalto si á mis soldados les hubiera de durar el vigor que tenían, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo la retirada de la caballería con el coronel Treviño, la defección de la guarnición de Tehuantepec, de que en los últimos instantes se tuvo noticia, que era una de las que debían también maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás guardias nacionales, que, impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras, y varias entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía D. Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano prefecto superior del Estado de Oaxaca y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine, contando con la cooperación de varias personas influyentes de la localidad, que hasta entonces habían sido liberales, y que, por ese motivo, tenían acceso é influencia con los oficiales y soldados de la guardia nacional de los pueblos.

»Las circunstancias me pusieron en la disyuntiva, no de hacer una retirada, sino de huir ó de defender á Oaxaca sin probabilidades de éxito, pero cumpliendo con el deber de batirme. Opté por lo último y acepté el sitio.»

Las peripecias de él las expone el general Díaz en los términos siguientes:

»Terminó el año de 1864 y las fuerzas enemigas estaban á pocos kilómetros de la ciudad. Dos ó tres días después del reconocimiento hecho por el general Courtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora y comenzó á establecer su línea de circunvalación. El general Bazaine llegó al campo enemigo el 15 de Enero de 1865 y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban *primer dominante*, y cuyo nombre vulgar es el cerro Pelado grande, el monte Alban y el pueblo de Xoco, y siguieron perfeccionando sus paralelas, no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían á dificultar sus obras, las que completaron al cerrar su línea en San Felipe del Agua, en cuyo lugar se apostó el general Jeanningros, con los batallones cazadores de África de á pie y legión extranjera.

»El general Bazaine estableció su cuartel general, desde el principio del sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó á la hacienda de Montoya.

»Calculo que la fuerza que tenía Bazaine al concluir sus obras, ascendería á unos 9.000 hombres del ejército francés y algunos 1.000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería, á mí me quedaron en la plaza 2.800 hombres.

»La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días, pues cuando el general Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche, y tal vez fijado día para el asalto, comenzó á detener á las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que tenían

que ser considerables en cada caso, porque el coronel D. Félix Díaz los hostilizaba valientemente en el camino. Por lo dicho, al fin del sitio la fuerza enemiga había aumentado considerablemente, lo mismo que su material, pues para su mejor servicio tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

»Durante el mes de Enero de 1865, cuando el general Jeanningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua, con un batallón de cazadores de á pie y otro de la legión extranjera, surgió un incidente por la hacienda de Aguilera, que está entre la ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, la cual hacienda no había sido ocupada por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo á que la plebe, y entre ella algunos soldados de los que suelen hallarse fuera de filas, comenzaron á extraer las semillas que había en la misma. Con este motivo, el 22 de Enero de 1865 el general Jeanningros mandó unas compañías que batieran á los que saqueaban la hacienda y tomaran posesión de ella; pero como, al ocuparla sin resistencia, hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al mayor D. José Guillermo Carbó, con la compañía de granaderos del primer batallón de Sinaloa y la tercera del de Juárez, á desalojar á los franceses. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero al fin se cumplió mi mandato y se rechazó un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el general Jeanningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la hacienda de Aguilera, dispuse que en la noche, cuando ya nadie la disputaba, fuese abandonada.

»Los estragos que causaban en la fuerza sitiada los frecuentes combates que tenían por objeto impedir los aproches, y el bombardeo constante que el enemigo mantuvo sobre la plaza, así como las consecuencias, cada día de mayor trascendencia, de la defección de la guarnición que había dejado establecida en Tehuantepec á las órdenes del coronel D. Remigio Toledo, y los trabajos de los particulares liberales renegados, desmoralizaron de tal manera la tropa de mi mando, que llegaron á desertarse guardias enteras; y un día, en un ataque que el enemigo verificó sobre el fortín de la Libertad, el mayor de uno de los batallones de Sinaloa, D. Adrián Valadez, vitoreando á sus soldados, los invitó á salvar el foso y se fué con más de 100 hombres de los que defendían la trinchera para unirse con el enemigo, teniendo los coroneles Toledo y Corella grandes trabajos para contener la desmoralización de los demás defensores del punto y no perderlo en ese día.

»No fué éste el último ni el peor ejemplo de desmoralización, pues pocos días después desertó un teniente coronel de infantería llamado D. Modesto Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

»En los primeros días de Febrero recibí comunicaciones de los jefes que defendían los principales puntos, en que me decían que no respondían de la situación; que era imposible, con fuerza tan pequeña y desmoralizada, resistir un ataque de un número tan fuerte y bien armado como era el del enemigo, sobre todo cuando en los últimos días ya no había víveres; pero que si yo no disponía otra cosa, sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca semejante comunicación, no obstante que su situación era idéntica á la de los demás, y es que en su espíritu germinaba la honda pena que le causó ser rechazado en Ayotla y había resuelto sacrificarse, buscando reivindicación. Era un hombre de dignidad.

«El día 8 de Febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de boca y guerra, y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que, aunque eran pocas, se quejaban con escándalo; pues en constantes manifestaciones públicas, hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados, que ya estaba bastante decaído.

«En este estado de completa desmoralización, y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa, dado que no me restaban ni mil hombres disponibles, me pareció que no debía sacrificarlos inútilmente, cuando no podía ni corresponder al fuego enemigo en el último definitivo asalto, que ya era inminente. Así, pues, impotente para combatir más, me resolví á rendir la plaza.»

Si, se rindió la plaza bajo las condiciones expuestas, después de haberse batido allí el general Díaz por espacio de cuarenta días, con tropas que, á virtud de cuanto se ha expuesto, se desmoralizaron desde antes de principiar el sitio, bajando cada día el estado de su ánimo al sacudirse sobre su espíritu, más terribles que sobre sus cabezas las bombas de los cañones enemigos, las noticias siniestras de carencia de auxilios, los ejemplos de perniciosas deserciones y defecciones infames, las cobardes invitaciones de la negra traición; y á las que, para acabar de anonadarlas, la cruel materialidad venía á hacerles sentir el hambre en las entrañas y el vacío de municiones en sus cartucheras.

Así se sucumbió tras cuarenta días de luchar contra el general en jefe del ejército invasor sobre México, que tenía frente á Oaxaca poderosas tropas armadas de artillería potente y con todos los elementos necesarios para el triunfo.

Cayó el batallador, admirando á sus enemigos en su caída.

Miremos cómo describe los últimos sucesos de la rendición de la ciudad, y su aprisionamiento:

«Guardando la plaza la situación que he bosquejado, y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo á distintos puestos y fortificaciones, me decidí á rendir la plaza, y al efecto monté á caballo y salí personalmente, en la noche del 8 al 9 de Febrero de 1865, á manifestar al general Bazaine, en su cuartel general de Montoya, que era innecesario el asalto que se preparaba. No observé reglas, no pedí previo armisticio; no mandé á un ayudante con ese objeto, por temor de una mala inteligencia, por una parte, y que el deseo del general Bazaine, por otra, de lucirse, hicieran que el asalto tuviera lugar sobre un montón de hombres sin municiones y sin vigor para pelear. Supuse que sólo mi presencia en el cuartel general enemigo, y mis explicaciones personales, impedirían el ataque, pues era grande el empeño que el general Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente, por haberse agotado ya los elementos de defensa.

«Como á las diez de la noche del día citado, acompañado de los coroneles D. Apolonio Angulo y D. José Ignacio Echegaray, á quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el general Bazaine, salí de la línea fortificada y me dirigí á Montoya, en donde tenía Bazaine su cuartel general; y mientras me recibían los puestos avanzados, me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé á los soldados, diciéndoles que no era yo enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echegaray, y el oficial que estaba encargado de ese puesto me mandó con un destacamento á otro que estaba en

la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos á otro destacamento que se hallaba al otro lado del río, y éste nos llevó hasta Montoya.

«Al manifestar al general Bazaine que la plaza no podía defenderse ya, y que estaba á su disposición, y creyendo que ello equivaldría á mi sumisión al Imperio, me dijo en respuesta que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar uno las armas contra su soberano. Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo no me adhería ni reconocía el Imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve al pie de los cañones, pero que la resistencia era imposible, y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente á su semblante los rasgos del desagrado, me reprochó el general Bazaine que hubiera yo roto la protesta que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver á tomar las armas contra la intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el general Bazaine ordenó en el acto á su secretario, el coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, que trajera el libro que contenía las protestas suscritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó á leer en alta voz, y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté en respuesta que no podía subscribir la protesta porque tenía sagradas obligaciones para con mi país, y estaba dispuesto á cumplirlas siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el coronel Boyer llegó á mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al general Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró sin decirme una palabra más sobre este incidente.

«Después me habló el general Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabía que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar. Le dije que efectivamente había algunas, pero que yo me había visto en la necesidad de descargarlas con objeto de hacer cartuchos, porque ya no tenía municiones para defenderme; que fácilmente podría sacarse la pólvora de las pocas que aun tenían, porque yo sabía el lugar donde estaban, y que mandaría con ese objeto á un oficial de artillería que efectuara la operación. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina, porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

«Mandé suspender los fuegos de los cerros, y para ello fui con un oficial francés y el coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente á la nuestra. Angulo habló á Corella, y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó á insultarlo y hacerle fuego, por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó á Corella con muchas dificultades cuál era la situación, y le dijo que llevaba una orden mía para que se suspendiera el fuego.

«Ya no se volvió á hacer uso de las armas, y Bazaine me detuvo en su cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto donde nos puso el mismo Bazaine á Echegaray, á Angulo y á mí. Yo quedé como prisionero, sin saber cuál sería mi suerte, porque además de haber provocado el enojo de Bazaine con mis explicaciones, no pedí ninguna garantía para mí y los míos.

«En la madrugada de esa misma noche mandé á Echegaray, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros distantes puntos; y después que amaneció, me mandó el citado Bazaine á la ciudad, con D. Juan Pablo Franco y una escolta de cazadores de Africa, para que diera orden de que se permitiera la entrada á los franceses. Entró tras de mí el general Brincourt, con un regimiento, hasta el Palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés.

«Ya se comprenderá cuál sería el estado de mi espíritu en aquel acto de mi vida.»

Ante los hechos que relata el general Díaz, al leer esa última frase sobre la emoción que experimentara al rendir la ciudad de Oaxaca, se comprende, en verdad, la ahogadora angustia del guerrero que, parco en el decir, hace una somera referencia á la pena que devoraba su alma en los momentos más crueles de aquella situación que esboza, entenebrecida por las tinieblas de las traiciones, amargada por el dolor de ver á los suyos hechos un montón de carne sangrienta, que extenuada por el hambre é impotente ya para batirse, la rendía al enemigo como pudiera arrojarle un pedazo de su propio corazón.



—NUNCA ME OBLIGUÉ Á NO HACER ARMAS CONTRA LOS INVASORES

«Tras de aquel trance,—prosigue diciendo el general,—pasé á Montoya, y de allí fui conducido en la noche del día 9 para Etna, como prisionero de guerra, con escolta y con grande exceso de precauciones, pues me conducía una compañía de zuavos á las órdenes del comandante Chapie, hoy general de división del ejército francés, que era entonces mayor del tercer batallón del primer regimiento de zuavos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras, marchaba á cada lado una segunda hilera de caballería; y á retaguardia, un trozo de húsares de la guardia y otro adelante, destacados ambos como á cien metros de distancia; y por dentro de los sembrados venían, como á unos cincuenta metros á cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

»Así llegué á Etna, en compañía de los licenciados D. Justo Benítez y D. Miguel Castellanos Sánchez, de los generales D. Cristóbal Salinas y D. José María Ballesteros, y de los coroneles D. José Ignacio Echegaray y D. Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el comandante Chapie.

En Etna nos alojaron, por orden del general Bazaine, en la casa de D. José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

»Estando en esa población, se me presentó el mayor de caballería vizconde de Kelan, que había pertenecido al estado mayor del emperador Napoleón, según él me dijo, y entonces servía en húsares de la guardia. El vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero á la vez con mucha vigilancia, y tomando siempre grandes precauciones. Las más veces, siempre que se hacía ocasión, me pedía permiso para dar el toque de marcha y me preguntaba con frecuencia si deseaba yo hacer alto en algún punto. Así llegamos á Puebla, en donde quedé aprisionado.»

Tal fué el final del drama del sitio de Oaxaca.

El general en jefe del ejército de Oriente, prisionero en Puebla, había de todos modos cumplido heroicamente con sus deberes; y en medio de su desgracia, levantaba la altanera frente, satisfecho como se hallaba de sí mismo y con la seguridad de que la nación apreciaba, en todo el valer que tenían, sus grandes sacrificios.

